



Pirocromito, @idrewyouinorange



EDITORIAL

Destrucción, sangre y muerte... son imágenes que llegan a nuestra mente cuando escuchamos nombrar la repudiable guerra, palabra breve pero cargada de sonoridad, que con su vibrante “rr” nos recuerda el retumbar de los tambores, las marchas militares, los pesados tanques y el estruendo de los cañones. La historia de cada civilización humana se ha cimentado en la guerra; su memoria, aún no consumida por completo, se percibe más allá de los monumentos históricos o los himnos nacionales: corre en nuestra sangre que es sangre heredada de ninguna parte; gime bajo nuestros pies, esperando que un nuevo estruendo agite la tierra y descubra los panteones de sombra y marfil sin nombre sobre los que se yerguen las ciudades; se esconde, casi transparente, en la paz exhausta tendida sobre los barandales de las casas; y vuela en el aire, entre el eco traído desde algún lugar lejano olvidado por Dios al otro lado del mundo, donde voces angustiadas claman su nombre sin encontrar respuesta.

La misma historia que se contaba hace dos mil años se cuenta ahora. Por ello, la esperanza de que la próxima guerra sea la última se diluye antes de siquiera haber nacido. Pero así es el curso natural de la vida: destrucción y renacimiento; tras la noche viene el amanecer. Es inevitable, y hay que reconocer que esta ley universal no sólo rige el mundo externo, sino que también hace de las suyas al interior de cada cuerpo y mente, tanto así que todos vivimos en constante conflicto con lo que decidimos y no decidimos, con lo que somos y no somos, con lo que queremos y no queremos, con lo que hacemos o dejamos de hacer... y esta guerra, muchas veces sin sentido, no acaba ni aunque la muerte esté esperando tras la puerta de la habitación. Así como hay batallas que resultan a nuestro favor, hay ocasiones en que somos pisoteados y arrojados a la más profunda desesperación, como piedra en un pozo. En esos momentos, es posible que

nuestros ojos se pierdan bajo el velo negro de la derrota, pero es un hecho narrado por los grandes héroes de la historia que, de este modo, puede ser más fácil encontrar el camino luminoso bordado entre los pliegues de la tela, ese que nos lleva al anhelado renacer.

Quizás, una de las razones por la que muchos seres humanos han sido capaces de soportar la crueldad de las interminables batallas a lo largo de la historia, ya sean allá fuera o aquí dentro, es porque aquella ley milenaria, implantada hasta el centro de la médula, les dice que siempre vendrá algo mejor después de la tormenta, que siempre quedará una semilla bajo la flor que acaba de morir. Es por esto por lo que, entre el ruido de los cañones, las balas y los gritos de muerte de los hombres, los detalles hermosos a nuestro alrededor de pronto brillan y se convierten en nuestro remanso. La vista se fija en la madre que, meciendo a su niño con gentileza, canta para él una nana; así, poco a poco, el bebé que llora se adormece con las caricias sutiles del aliento melódico de su madre, que va creando sobre ambos un tejido fino, calentito, donde el sonido de las bombas no puede entrar. Su canción es la flor en medio del campo de batalla, y así como ella, hay muchas más: alguien que sueña con un banquete navideño en familia, otro que ríe al recordar los juegos de su infancia y alguien más que con el dedo dibuja sobre la arena un mundo casi perfecto.

En este trigésimo número, nos complace presentar ante usted un pequeño compendio de esas flores creciendo entre los escombros de la guerra, las cuales llevan en su aroma la risa del que se burla de los malos ratos o el perfume triste de la historia de su patria o que aún en el rocío tienen el sabor añejo de lágrimas amargas o que hieren con espinas el corazón, para luego derramar sobre la herida la miel de la esperanza. Cada texto contenido es la muestra de que, ante la desesperación, siempre habrá voces que por medio del arte se mantendrán gritando y cantando a pesar del dolor, el caos o la injusticia que golpean nuestra vida como huracán a un barco en medio del océano. He aquí que la creatividad, empleada para bien, puede ser las alas que lleven a la humanidad más allá de la decadencia.

Daniela Alanis Hernández